

## POÉTICA

No tuve amor a las palabras;  
si las usé con desnudez, si sufrí en esa busca,  
fue por necesidad de no perder la vida,  
y envejecer con algo de memoria  
y alguna claridad.

Así uní las palabras para quemar la noche,  
hacer un falso día hermoso,  
y pude conocer que era la soledad el centro de este mundo.  
Y sólo atesoré miseria,  
suspendido el placer para experimentar una desdicha nueva,  
besé en todos los labios posada la ceniza,  
y fui capaz de amar la cobardía porque era fiel y era digna  
/del hombre.

Hay en mi tosca taza un divino licor  
que apuso y que renuevo;  
desasosiega, y es  
remordimiento;  
tengo por concubina a la virtud.  
No tuve amor a las palabras,  
¿cómo temer amor a vagos signos  
cuyo desvelamiento era tan sólo  
despertar de piedad del hombre para consigo mismo?

En el aprendizaje del oficio se logran resultados:  
llegué a saber que es idéntico el peso del acto que resulta  
/de lenta reflexión y el gratuito,  
y fácil desprenderse de la vida, o no estimarla,  
pues es en la desdicha tan valiosa como en la misma dicha.

Debí amar las palabras;  
por ellas comparé, con cualquier dimensión del mundo externo:  
el mar, el firmamento,  
un goce o un dolor que al instante morían;  
y en ellas alcancé la raíz tenebrosa de la vida.  
Cree el hombre que nada es superior al hombre mismo:  
ni la mayor miseria, ni la mayor grandeza de los mundos,  
pues todo lo contiene su deseo.

Las palabras separan en las cosas  
la luz que cae en ellas y la cáscara extinta,  
y recoge los velos de la sombra  
en la noche y los huecos;  
mas no supieron separar la lágrima y la risa,  
pues eran una sola verdad,  
y valieron igual sonrisa, indiferencia.  
Todo son gestos, muertes, son residuos.

Mirad al sigiloso ladrón de las palabras,  
repta en la noche fosca,  
abre su boca seca, y está mudo.

FRANCISCO BRINES